

## Recensiones

LASHERAS AGUIRRE, M<sup>a</sup> DOLORES, ODN, *Silencios elocuentes: Pedro Arrupe S.J. consejero y amigo, 1958-1985*, (2<sup>o</sup> ed.) ISBN 978-84-608-4398-6, Ediciones Lestonnac (25), Digitarte 2017, 176 pp.

La autora de este bello libro de Ediciones Lestonnac, primorosamente editado por la Tipografía Vaticana, es una religiosa de la Compañía de María, primer instituto femenino de espiritualidad ignaciana surgido en la Iglesia (aprobado por el papa Paulo V en 1607), quien mantuvo una larga y estrecha relación con el Padre Pedro Arrupe (1958-1985). Como este, M<sup>a</sup> Dolores Lasheras fue una de las primeras misioneras de su Orden en Japón (1959 a 1973) y luego Superiora General de la misma durante doce años, viviendo ambas situaciones en contacto directo con aquel. Recordándolas vivencialmente con calor y emoción, va contando a través de multitud de anécdotas y hechos de vida lo que el Padre Arrupe significó para ella y sus hermanas de religión, tanto en su aterrizaje en Japón y la instalación de sus primeras misiones, como, más tarde, en la dirección de su Orden en los años palpitanes y complicados de la renovación conciliar propiciada por el Concilio Vaticano II.

El resultado es un relato espontáneo y jugoso, vibrante y hasta tierno, –y, sobre todo, agradecido– de lo sucedido en esa riquísima relación de intercambio espiritual y apostólico, que ha llevado a otorgar al P. Arrupe los títulos de “Consejero y Amigo” de la autora y, a través de ella y de algunas de sus compañeras, de su propia Orden. Este relato confirma lo ya sobradamente conocido del Padre Arrupe: hombre llevado por el Espíritu, explorador de nuevos caminos de servicio y solidari-

dad, sensible a las carencias y heridas del mundo, desprendido de sí mismo viviendo siempre “para los demás”, hijo fiel y humilde de la Iglesia hasta la muerte. Tiene además la ventaja de ofrecer el mismo paisaje contemplado desde “otro ángulo”, distinto del habitual. No son solo sus admiradores jesuitas los que así ven y veneran a su Padre General de los tiempos difíciles, sino también otras muchas personas que se beneficiaron limpiamente de su amistad y consejo y de su impulso iluminado en la renovación acomodada de la vida religiosa.

A ello se añade el encanto aportado por varias cartas autógrafas del Padre Arrupe, despojadas de cualquier formalismo oficial, insertas en el texto, dirigidas a algunas religiosas de la Compañía de María y a su Madre General.

Al comienzo de su relato, confiesa sentidamente la autora: “Hemos considerado siempre como una de las mayores gracias recibidas del Señor que [el Padre Arrupe] estuviera tan cerca del ‘camino’ emprendido por la Compañía de María. Con su consejo, su sabiduría apostólica y su cercanía, se forjó nuestro espíritu misionero”. Por ello había que preservar esa gracia del olvido de quienes la conocían o del desconocimiento de quienes la ignoraban, sacándola a la luz, para que aquellos y aquellas a quienes llegara noticia de ella, glorificaran al Padre que está en el cielo y le alabaran por sus obras magníficas. En momentos de posible desolación u oscuridad, no tan raros en estos tiempos, la lectura de estas páginas puede levantar de nuevo el soplo dulce y consolador del Espíritu, que, con su frescor y su luz, las disipe.

Por todo lo cual esa lectura sería muy beneficiosa y recomendable para cualquiera

## Recensiones

persona interesada en conocer las rutas secretas del Espíritu.

(Para adquirir el libro, dirigir los pedidos al correo electrónico <[secretaria-prov.odn@companiademaria.org](mailto:secretaria-prov.odn@companiademaria.org)>.

**Urbano Valero, S.J.**

ALEIXANDRE, DOLORES, *La contemplación para alcanzar amor. Una aproximación bíblica*, Sal Terrae, Santander 2017, 109 pp.

“Tejer juntos el hilo del lenguaje de Ignacio de Loyola en su *Contemplación para alcanzar amor* y el de la Escritura”: éste es el propósito que persigue Dolores Aleixandre en su nuevo libro “La contemplación para alcanzar amor. Una aproximación bíblica”. En cuatro capítulos, muy diferenciados en su enfoque de la temática, va relacionando las palabras de San Ignacio con la experiencia creyente reflejada en la Sagrada Escritura como con la de otros creyentes posteriores, y así ofrece una rica profundización de esta pieza clave del libro de Ejercicios.

El capítulo tal vez más original, en el que Dolores Aleixandre despliega todo su potencial como escritora del género narrativo, es el primero que, para introducir al tema, hace disfrutar al lector de una presentación narrativa del camino interior recorrido en los Ejercicios Ignacianos y del horizonte ofrecido por ellos, justo en este punto final del proceso que constituye en el libro de Ejercicios la *Contemplación para alcanzar amor*. Un capítulo de profunda belleza que evoca en el lector que ha recorrido el camino de los Ejercicios la memoria agradecida, y que puede despertar el deseo en quien no lo ha vivido todavía.

En un segundo capítulo, Dolores Aleixandre se acerca al texto literal de San Ignacio y lo recorre, paso a paso, de la mano de la Palabra. La instrucción práctica del libro de Ejercicios y la experiencia creyente reflejada en la Escritura se entrelazan de modo que la *Contemplación de alcanzar*

*amor* se muestra acompañada por una nube de testigos que lo explican y clarifican desde su experiencia de fe. Más allá de hacer un nuevo comentario del texto de San Ignacio, de las cuales habrá muchos y buenos, es un acercamiento valioso, justamente por su capacidad de hacer resonar en las experiencias de vida, propias y ajenas, una riqueza de significados que son difíciles de transmitir en una explicación más abstracta.

Sigue en el tercer capítulo, el más largo, una propuesta de acercamiento orante. En doce apartados se invita al lector a pararse en las expresiones propias del ejercicio de San Ignacio y orar con ellas desde textos bíblicos. Puede surgir la pregunta de si, al buscar profundizar en los detalles, no se pierde la fuerza dinámica que tiene el propio ejercicio que está pensado para una unidad temporal más corta. Por otra parte, si la *Contemplación para alcanzar amor* ha sido descrita como estado espiritual final, permanente de quien vive sirviendo y amando en todo, y si a su vez somos conscientes que en esta vida todavía no vivimos permanentemente en esta plenitud del amor, ¿por qué no retomar después de unos Ejercicios este ejercicio cumbre, ahondando en él detalle por detalle? Y ciertamente ofrece este capítulo a quien da Ejercicios una riqueza de textos e impulsos complementarios para poder profundizar en uno u otro aspecto.

El libro termina con una antología de textos de origen diverso: ignacianos, de otras corrientes de espiritualidad y de otras tradiciones religiosas. Una cuarta manera para acercarse a la *Contemplación para alcanzar amor* encontrando su vivencia en las palabras de otros creyentes y para –junto a ellos– *reconocer tanto bien recibido* y así poder, cada vez más, *en todo amar y servir a su divina majestad* [Ej 233].

**Susanne Kiesewetter, A.C.I.**

LAMET, PEDRO MIGUEL, S.J., *El Esclavo Blanco. Pedro Claver*, Mensajero, Bilbao 2017, 359 pp.

Son varias, y conocidas, las novelas históricas que Pedro Miguel Lamet nos ha regalado sobre santos jesuitas: *El caballero de las dos banderas: Ignacio de Loyola; Duque y jesuita: Francisco de Borja; El aventurero de Dios: Francisco de Javier*. En esta ocasión, ve la luz esta nueva obra: *El esclavo blanco: Pedro Claver*.

A diferencia de los tres primeros santos, a quienes nos podemos acercar a partir de sus propias obras, son muy escasos los escritos autógrafos de San Pedro Claver. Para conocerle debemos acudir a los testimonios de las personas que lo trataron. Pues, como señala el autor, *El esclavo blanco* destacó por ser un hombre “corto en palabras y largo en hechos”.

Es característico de Lamet conjugar en sus libros bastante bien la dimensión novelada con la dimensión histórica, con mayor peso de esta última. En este libro aparece al final una nota histórica confirmando este aspecto.

La novela la iniciamos de la mano del marinero gaditano Miguel Orozco quien, a modo de testamento, nos va adentrando e introduciendo en los ambientes del trato negro, de la navegación, de los procesos inquisitoriales, de las agitadas vidas de Sevilla y Cartagena de Indias; así como en otros detalles de las costumbres y geografía de aquellas tierras a comienzos del siglo XVII.

En medio de esta historia, surge la figura de Pedro Claver, *El Esclavo Blanco*. Un santo que, sin duda, perforó la realidad de su tiempo, encontró a Dios en ella y se dejó conducir por Él. Un santo que, a pesar de que nunca tuvo clara su opción sacerdotal, sin embargo, con su manera de vivir *en pobreza* y entrar en contacto con los esclavos negros, impactó sacerdotalmente en la vida de sus contemporáneos.

Ciertamente, Pedro Claver no se hizo solo. Sin la ayuda y colaboración de los mismos esclavos negros, el trabajo de Claver no hubiera alcanzado la resonancia que hoy en día tiene. A lo largo del libro no se deja de pasar por alto la influencia que tuvieron en su *modo de proceder* dos de sus compañeros jesuitas que más influyeron en

él: Alonso de Sandoval y Alonso Rodríguez. El primero, marcándole el estilo apostólico; el segundo, dirigiéndole la vida espiritual. Con todo, una descripción de la personalidad de Pedro Claver sigue siendo difícil. Aunque nadie dudaba de su santidad, fueron muy pocos, incluso en su misma comunidad, los que lograron entenderle y valorarle.

El libro de Lamet resulta ameno, de fácil lectura y rico en imágenes. Para quien desee acercarse al mundo en que se movió Pedro Claver y conocer el tipo de apostolado que lo llevó a ser considerado como el pionero en la defensa de los derechos humanos y el patrono de las misiones entre los esclavos negros, *El Esclavo Blanco* es una muy buena opción. Con todo, aún nos sigue haciendo falta un estudio más profundo sobre su espiritualidad y su manera de abordar los conflictos sociales de su tiempo.

**Diego A. Cristancho, S.J.**

GOUJON, PATRICK: *Les conseils de l'Esprit. Lire les lettres d'Ignace de Loyola, Christus-Lessius, Paris-Namur 2017, 142 pp., ISBN 978-2-87299-322-2.*

Propiamente tendríamos que hablar de epistolario cuando nos referimos, coloquialmente, a las cartas escritas en el siglo XVI: «*Epistola*: vulgarmente dicha carta mensajera» (COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana*, 358). Esta definición etimológica nos sitúa ante el *ars dictamini*, el arte de la carta como forma de comunicación y transmisión del saber, la mejor de las maneras como subrayaría Baltasar Gracián. El jesuita y profesor del Centre Sèvres (París), Patrick Goujon, ofrece una mínima selección epistolar con una clara intención más divulgativa que académica. Digamos que las cartas elegidas son el motivo a través del cual Goujon teje el mosaico de los temas fundamentales en la espiritualidad ignaciana. Así lo afirmó el gran maestro Iparraguirre: «Si se recogieran las normas y consejos de doctrina espiritual que San Ignacio da en sus cartas, se tendría un tra-

tado de perfección y una interpretación fidedigna de los grandes principios de los *Ejercicios*» (Obras. San Ignacio de Loyola, 2013). Ahora bien, Goujon da un paso más. No solo los *Ejercicios* son la principal fuente carismática sino que de la selección propuesta, el autor establece jalones con las *Constituciones* de la Compañía de Jesús, la *Autobiografía* y, en menor medida, con el *Diario Espiritual*. De hecho, podríamos hablar de un *corpus ignatianum* que está al servicio de la palabra, es decir, de la comunicación que se opera entre el Criador y la criatura en sus diferentes géneros y en el amplio abanico de situaciones sociales, políticas y culturales.

El título condensa el propósito del autor: un esbozo pneumatológico o los trazos de la vida en el Espíritu mediante algunas cartas de san Ignacio de Loyola. Ahora bien, de la ingente producción epistolar de Ignacio y/o de su secretario, Juan Alfonso de Polanco, Goujon ha escogido principalmente cinco cartas. Según su disposición en la obra, son las siguientes:

- 1) Alfonso Ramírez de Vergara (Roma, 30 de marzo de 1556);
- 2) Francisco de Borja (5 de junio de 1552);
- 3) Teresa Rejadell (Venecia, 18 de junio y 11 de septiembre de 1536);
- 4) A los Padres y Hermanos de Coimbra (1547);
- 5) Francisco de Borja (1545).

A partir de ellas, la obra se organiza en torno a seis capítulos flanqueados perfectamente por una introducción y una conclusión: a) La conversación (cap. 1); b) Las reglas (cap. 2); c) La pedagogía de la consolación (cap. 3); d) La libertad interior (cap. 4); e) La corrección y el discernimiento (cap. 5); f) Dios como consejero (cap. 6). En un sentido estricto, los dos primeros capítulos son el pórtico, quizás justo y necesario, por el cual el lector debe entrar para dirigirse a la nave central de esta obra. Por este motivo, la primera de las cartas no aparece hasta el tercer capítulo al explicar la pedagogía de la consolación. Este signo de Dios, porque de ella proviene, resulta todo

un arte. La consolación se expresa y se comunica en medio del movimiento de espíritus y su agitación; provoca una dinámica y el movimiento hacia la confirmación del Espíritu (la gracia que opera y que mueve a la cooperación).

La segunda y tercera cartas, a Francisco de Borja y a Teresa Rejadell, es un motivo para exponer la estructura del «primer modo de hacer sana y buena elección» (*Ej* 179-183) para todos aquellos que quieran seguir y afectarse más por Cristo Nuestro Señor. La decisión de hacer la voluntad de Dios permite llevar a la realidad el seguimiento a Cristo y cómo en él surgen los engaños. En lo que concierne al discernimiento, las palabras dirigidas a los Padres y Hermanos de Coimbra apuntan a dos vectores: la perfección o la progresión espiritual y la obediencia mientras que la última de las cartas sintetiza el principio general que moviliza, en particular, el epistolario ignaciano; y, en general, la vida espiritual cristiana: la experiencia. Esta representa el *lugar teológico y teologal*. Teologal por ser camino en y hacia Dios. Teológico porque como bien expone el autor, Ignacio diferencia la experiencia del testimonio. Las cartas atestiguan que Ignacio no solo habla desde “su experiencia” sino desde el “reflexionar” de lo que Dios le ha ido y le va comunicando.

En definitiva, el epistolario ignaciano muestra el pensar y el sentir no solo de un hombre y de sus vivencias; no solo de su forma de gobernar a un cuerpo apostólico que se va constituyendo entre 1540 y 1556; no solo de su *politique* al hablar con reyes y cardenales; ni tan solo al exponer “su” doctrina espiritual. Estas y otras cartas de san Ignacio rezuman *objetividad*. Y esto es tan válido ayer como hoy. Lástima que la selección sea corta e inevitablemente sintética por el carácter divulgativo de la obra. Alguna mención explícita al *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* (con su voz “Cartas”) hubiese resultado enriquecedora por su legítima autoridad.